



«Mi padre me decía: "Si a ti te ha dado Dios ese don no lo puedes guardar". Y me llevaba a ver a los artistas y a participar en los concursos». Carmen Pacheco Rodríguez (Linares, Jaén, 1951) encara la vida con una actitud de continuo agradecimiento por todo lo que ha recibido a lo largo de su historia personal y profesional, facetas que se entremezclan sin apenas distinción. No vio la luz en ninguno de los conocidos como epicentros del flamenco (el arrabal trianero, Jerez, San Fernando...) sino en una pequeña pedanía jiennense, en un ambiente ferroviario. Nada hacía presagiar, por tanto, que entre las vías del tren, la cantina y las pocas calles del lugar fuera a nacer una estrella. Sin embargo, la afición por este arte y la generosidad o apertura de miras de su progenitor (en un momento en el que los hombres de la casa determinaban el futuro de las mujeres y raramente daban el plácet a una carrera de artista) encontró en sus dotes naturales el mejor campo de cultivo.

Con la radio, banda sonora del hogar, y su tocadiscos Iberofón (que aún conserva), Carmen fue aprendiendo de los referentes en su época infantil y adolescente: Enrique Montoya, Marifé de Triana, Valderrama... Luego llegaron los concursos y, después, Madrid, donde tendría oportunidad de aprender con aquellos a los que antes seguía a través de las ondas o los vinilos: Rafael Romero, Fosforito, Juan Varea, Pepe de la Matrona... Allí compartiría escenarios, en tablaos como Torres Bermejas o el Café de Chinitas, con otros referentes como Camarón, Enrique Morente o los hermanos Pepe y Juan Habichuela. Con ganas de exprimir cada etapa de su carrera y sin querer quemar los tiempos, se forjó primero *cantando para el baile* durante algunos años y recorrió mundo con su compañía para ir sumando experiencias a la mochila vital.

Premiada hasta la saciedad a nivel internacional, el Princesa de Asturias de las Artes otorgado en 2022, no es sino un punto y seguido en una lista de reconocimientos que ella encaja con la misma sencillez que la ha acompañado siempre. No significa esto que no le dé el valor que se merece a cada galardón (en este último caso, la escultura de Joan Miró y el diploma ocupan un lugar privilegiado en el mueble de su salón en su casa de Madrid) sino que sabe tener los pies sobre la tierra que pisa. No en vano, en la profesión ha visto a muchas estrellas que se apagaron y acabaron sus días pasando penurias. Al pensar en ellas le brota la tristeza y, a un tiempo, la alegría de saber que la del flamenco es una gran familia donde se conjuga la solidaridad.

Entre otros muchos méritos a la de Linares se le puede atribuir el de haber puesto a la mujer en el sitio que se merecía dentro del flamenco (su *Antología de la mujer en el cante* de 1996 ha vuelto a ver la luz, más de 25 años después, con una selección de temas en vinilo) y haber heredado la sensibilidad de otros que la precedieron, como

DE PERFIL

Enrique Morente, a la hora de trasladar al cante la poesía de los grandes maestros: Juan Ramón Jiménez, Miguel Hernández, García Lorca...

Con todo, y habiendo llenado recintos como el Carnegie Hall de Nueva York, el Sadler 's Wells de Londres, el Palacio de la Música Catalana de Barcelona, el Auditorio Nacional de Madrid o la Cité de la Musique de París, Carmen sigue siendo la mujer que es feliz en el encuentro con los amigos (es de las pocas que sigue acudiendo a ver actuaciones de su gente y lo hace por convicción y pasión) o acurrucada en su sofá en la calma del hogar, junto a su familia.

De pequeña, cuando veía pasar los convoyes por Linares y leía los destinos a los que se dirigían, fantaseaba imaginando historias. No podía imaginar entonces que el tren de la vida la llevaría tan lejos. En algún punto de la historia la inercia de su locomotora aunó cuerpo y espíritu poniéndose al servicio de algo mayor para regalarnos el arte de su voz. Hoy ese viaje prosigue y seguirá haciéndolo mientras la ilusión, que transparente en su sonrisa y el brillo de los ojos, siga alimentando las máquinas. */